

DISCÍPULO. Alúmbrete el Señor, para que de la luz que tú recibieres, reciba mi alma, y las demas que quisieren aprovecharse de tan alta doctrina. Amén.

DIÁLOGO DÉCIMO.

DE LA UNIFORMIDAD DE LAS INTROVERSIONES Ó ENTRADAS DEL ALMA Á SU ÍNTIMO Ó CENTRO, QUE PROPAMENTE ES EL REINO DE DIOS Y DEL RECOGIMIENTO.



DISCÍPULO. O se tarda mi maestro ó yo me he apresurado á venir, y acaso sea lo uno y lo otro, y una misma la razón de su retraso y la de mi presteza. A mí me ha traído tan temprano el deseo de oírle hablar de lo más dificultoso y trabajoso de la conquista del reino de Dios, que son las entradas del alma á su centro, mientras á él le habrá detenido la dificultad de la materia, porque siempre temo llegar á este punto. Y ciertamente, no me extraña que se recele y tema hablar de



esta doctrina. Amén.

DIÁLOGO DÉCIMO.

DE LA UNIFORMIDAD DE LAS INTROVERSIONES Ó ENTRADAS DEL ALMA Á SU ÍNTIMO Ó CENTRO, QUE PROPAMENTE ES EL REINO DE DIOS Y DEL RECOGIMIENTO.



DISCÍPULO. O se tarda mi maestro ó yo me he apresurado á venir, y acaso sea lo uno y lo otro, y una misma la razón de su retraso y la de mi presteza. A mí me ha traído tan temprano el deseo de oírle hablar de lo más dificultoso y trabajoso de la conquista del reino de Dios, que son las entradas del alma á su centro, mientras á él le habrá detenido la dificultad de la materia, porque siempre temió llegar á este punto. Y ciertamente, no me extraña que se recele y tema hablar de

cosas tan íntimas quien ha visto que, por ser tales las de su obra anterior titulada *Los triunfos*, perdió ésta, en el concepto de los indocitos y sin espíritu, cuanto hubiera ganado si tratara de caballerías, relaciones de ciego ó cartilla para principiantes. No está ya el mundo en disposición de que se pueda tratar con él tan de veras, ni los sabios del día entienden lo que en la primitiva Iglesia, cuando San Pablo escribía sus epístolas, entendía la gente rústica y del campo. ¡Oh, gran mudanza de los tiempos!

MAESTRO. ¿Qué pláticas son esas, Deseoso? Creer que estabas en compañía de algunos Padres, cuando tan formalmente razonabas.

DISCIPULO. ¿No has oído hablar nunca á algún hombre á solas consigo mismo y disputar como si tuviese quien le respondiera y replicara?

MAESTRO. San Agustín compuso soliloquios, y San Buenaventura y otros santos, que no son sino conversaciones á solas con preguntas y respuestas. Y aun te aseguro que las he hallado provechosísimas, porque recogen mucho el alma y la dan grandes motivos de devoción y amor. De otra manera de platicar no hago caso, porque es propia de hombres melancólicos ó coléricos, que con el furor hablan entre sí y tratan de sus venganzas

como si tuviesen presente al enemigo. Pero, dime ahora: ¿qué juicio formaste hoy de mi tardanza?

DISCIPULO. Que venis de tan mala gana como yo de buena.

MAESTRO. Pues por tí me alegro, y en cuanto a mí, has acertado en tu juicio; pero de mi mal humor no debes extrañarte, ni de que renuncie á hablar mas palabra sobre contemplación, si reparas en que es á hombres exteriores y de sola carne a los que he de decir lo que siento acerca del hombre interior y divino. Estoy por asegurarte que me pesa de lo que hasta ahora te tengo enseñado, porque lo has de comunicar con personas que parecerán religiosas y espirituales, y que, sin embargo, se reirán de ello, como de cosa que no entienden, ó entienden mejor que yo, pudiendo ser lo uno y lo otro; mas siempre resultará que nadie se aproveche de mis trabajos ni de tu cuidado. Y así, te digo que si tú recibes alegría oyéndome, yo pena grande hablandote; porque veo que San Dionisio advierte á Timoteo que se guarde de comunicar á los bachilleres del mundo las cosas ocultas de la teología mística, temeroso de que habrían de burlarse de él y de ellas.

S II.

DISCÍPULO. Oí decir á un hombre discreto y muy letrado; que bastaba para quedar bien recompensado de su trabajo cualquiera que escribiese un libro, el hallar un solo lector benévolo, que con gusto leyese y aprobase sus capítulos.

MAESTRO. También yo me daría por satisfecho con que fueses tú sólo el lector y juez de mis escritos.

DISCÍPULO. No obstante, conviene no volver atrás en lo comenzado, ni hay razón para que desmayes ni desconfíes del bien que puede resultar para muchas almas de estos *Dialogos*, siendo, como son, de tanto gusto y entretenimiento y sustanciales.

MAESTRO. Ya no puede conmigo el temor de que no sea aceptada mi doctrina: tal obstáculo le vencí antes de comenzar mis trabajos; pero me asusta mucho la dificultad de la materia, porque hallo pocos autores a quien consultar que traten de ella, y yo no la tengo tan experimentada que pueda hablar de ella con la soltura que de otras, en que hasta hoy nos hemos ocupado. Diré, empero, lo que supiere, acudiendo á Dios primeramente, y auxiliado de lo que sus siervos sobre el particu-

lar nos hubiesen dado á entender, ora de palabra, ora por sus escritos. Pero, sepamos: ¿tienes en la memoria el cuarto punto sobre que se ha de fundar hoy nuestra plática?

DISCÍPULO. Me parece que sí.

MAESTRO. Repítelo exactamente como lo has oído.

DISCÍPULO. Uniformes entradas ó introversiones, por olvido de todas las cosas, á los abrazos y unión con el Espíritu Santo.

MAESTRO. ¿Entiendes lo que esas palabras significan?

DISCÍPULO. Aclaradme antes algunos de estos terminos, que no estoy muy firme en ellos.

MAESTRO. Introversiones, que parece el más dificultoso; es palabra latina procedente del verbo volver y del adverbio adentro, que juntos quieren decir vueltas adentro.

DISCÍPULO. Ahora lo entiendo menos.

MAESTRO. ¿No te acuerdas que el Diálogo pasado versó sobre las salidas que hemos de hacer en busca del prójimo; cuando de nosotros tuviere necesidad?

DISCÍPULO. Sí, me acuerdo.

MAESTRO. También recordarás que en ese ejercicio hay distracción y división; quiero decir, que nos distraemos y dividimos, y nuestras almas están llenas de imágenes y re-

presentaciones de cosas muy diferentes; y, finalmente, allí es donde se turba Marta con la multitud de los cuidados.

§ III.

Dice, pues, nuestra letra, que á estas salidas que hacemos, movidos por la caridad del Esposo, que nos llama afuera, se han de seguir las introversiones uniformes, que son estas entradas ó encerramientos hasta lo íntimo y secreto del alma, para tratar á solas con Dios y reparar por este camino la distracción, si se siguió alguna por el trato y conversación con los hombres. Y han de ser uniformes estas introversiones, porque todos nuestros deseos y pensamientos se han de encaminar á aquel uno necesario á que atiende María, y á que es invitada y provocada su hermana Marta por Jesucristo. Y mira bien, que si todos los pensamientos no entran unidos al íntimo nuestro, no cumplimos entonces con este ejercicio, que pide uniformidad en ellos.

DISCIPULO. Me parece que viene bien aquí aquella exposición vuestra, relativa al lugar de los *Cantares*, en donde el Esposo se declara herido del mirar atento y uniforme de su esposa. Allí dijiste que no en un ojo ni en un cabello, sino en uno de los ojos y en uno

de los cabellos estuvo la fuerza del herir. Y si por los ojos se ha de entender los afectos y por los cabellos los pensamientos, y todos éstos, hermanados y unidos y á una, se convierten á Dios en lo interior del alma, á donde, como en su reino, mora, sin duda serán poderosos para herirle ó hechizarle, como expresa la palabra griega.

MAESTRO. Dichoso el que, huyendo de toda multiplicidad (como dijo Platon), pone su voluntad entera en la ley de Dios, y sus pensamientos uniformemente de día y de noche fueron de ella; porque éste y no otro se llamará y será con verdad hombre interior y orará con recogimiento, sin las vaguedades con que de ordinario son distraídos los que por costumbre siguen este ejercicio de la oración. Y es argumento contundente, sobre que su orar es vaguar y mezclar muchas veces á las cosas divinas las profanas, el ver su escaso ó nulo aprovechamiento: porque en cumpliendo con aquella obligación, se extravían en palabras vanas, en risas y en otras impertinencias tan ajenas de hombres de recogimiento, cuanto propias de distraídos y hombres sin espíritu. Empero, dejemos este mal, que no tiene remedio, porque los atacados huyen de emplear alguno cuando llegan al miserable estado que llamamos de insensibili-

dad, y en que se obra por costumbre y como por vía de ley, sin tener en nada fresca la intención. Esta suele aumentar el merecimiento y hacer más atenta el alma, y que obre con mayor recato y como conviene.

DISCÍPULO. Bien sé yo quién se ha de confundir leyendo estas doctrinas.

MAESTRO. Quiera Dios que no se rían, mofen y las escarnezan; que todo esto puede temerse de los insensibles que se contentan con los verbos solos, sin hacer caso de los adverbios.

DISCÍPULO. No entiendo eso.

MAESTRO. Digo que se contentan con orar, y no tratan de bien orar; con decir Misa, y no con que vaya bien y perfectamente dicha; con rezar en el coro, y no con estar allí atenta y devotamente; y así en las demás cosas que hacen, en las cuales faltan siempre dos adverbios, que significan y añaden perfección á las obras.

§ IV.

La vida y ejercicio de los varones recogidos, dice Rusbrochio, es acogerse á Dios dentro de sí mismos, y salir afuera á sí mismos. La introversión se hace con libre y elevado espíritu á Dios y en Dios; y esto con venera-

ción y amorosa reverencia. La extraversion ó salida afuera es una displicencia que de sí mismos tienen y desestimación y anulamiento propio; por la cual desestiman y anulan cuanto de bien hacen, y dan por nada todo cuanto por Dios pueden padecer, así interior como exteriormente. Lo muy bueno que hay aquí, es que son señores de sí mismos en estas entradas y salidas, porque libremente entran cuando quieren, y con esa libertad salen afuera cuando les parece que conviene. Los unos y los otros andan en la presencia de Dios, entrando y saliendo. Las salidas andan acompañadas de la razón y fundanse en caridad, en piadosos ejercicios, buenas costumbres, en obras santas y de virtud, y siempre el que sale está atento al mirar de Dios, contemplándole y hallándole presente en cuanto hace; por lo cual se conserva siempre en pureza de alma y crece en gracia delante de Dios y de los hombres. El que se retira y entra adentro á buscar á Dios, algunas veces se sirve de la razón y de la imaginación ó representación de las cosas, y guarda modo y orden en sus entradas; otras veces es hecho superior á la razón y no guarda modo ni reconoce imágenes de cosas corporales, porque no usa de los sentidos, por donde ellas entran. En lo primero se halla y se adquiere grande sabiduría, porque

asiste el alma en el acatamiento de la divina bondad y liberalidad, á donde se aprende la verdadera ciencia. En lo segundo hay lo que Dios quiere y lo que sólo Él sabe, y sólo lo gusta el que lo recibe, y se asegura que es Dios el que se lo da; porque en el alma actual en Dios y unida á Él por afectuosa caridad, no se puede hallar enemigo, ni sus tentaciones pueden tocarla, como no puede entrar el frío en el hierro que está metido y caldeándose en la fragua. Está como aquella milagrosa mujer del Apocalipsis, guarnecida del sol, y debajo de sus pies la luna; está llena de claridad; y también porque las puertas falsas están cerradas al demonio; que, como afirma Gerson, son esos sentidos (que ya dije) suspensos de sus oficios propios.

DISCÍPULO: Esa debè ser la oración que llaman los santos de recogimiento.

MAESTRO: Bien dices. Y cierto que, en tanto que no llegamos á tenerla, no podemos decir que hemos puesto los pies en el camino de la vida espiritual.

DISCÍPULO: Pocos debèn ser los que llegan al estado que decías ahora.

S. VI.

MAESTRO: Hay grados en el recogimiento. En el primero se mortifica el pensamiento

simplemente, y es cuando el alma queda como dormida y en silencio, y que nada le desasosiega ni perturba; y si acaso estando así viene algún pensamiento para entrarsele en el corazón, maravillosamente le es impedida la entrada mucho antes que ella conozca lo que es: como si viendo á alguna persona venir á nosotros desde lejos antes de conocerla la diésemos de mano para que no se nos acercase. Pasa esto con tanta certeza en el alma, que ella misma se maravilla de ello; y si quiere averiguar lo que fué, no puede; salvo que conoce evidentemente que alguna cosa venía á desasosigarla y que fué detenida. Este recogimiento es más que de principiantes, y no le tiene el alma sin la gracia del Señor; porque aun cuando no hay aquí grandes gustos y sentimientos extraordinarios, hay, lá lo ménos, una cierta complacencia como de la cosa dada por Dios. En el segundo grado de recogimiento se admite la inteligencia, con que el hombre cuidadosamente vela sobre sí, atendiendo á lo que hace y poniendo alguna fuerza en ello: de manera que parece que se está remirando en estar recogido. Y aquí es donde los aprovechados suelen sentir y recibir muchas cosas del Señor. También hallarás algunos que se recogen de manera que se olvidan de sí mismos, sin saber dónde están; y cuando

después vuelven sobre sí, preguntan á su cuidado de dónde viene y qué es lo que ha hecho; mas no pueden caer en ello. Este recogimiento es muy bueno, y suele convertirse en hábito, por lo cual les es muy fácil á los que en él se hallan el recogerse y morar consigo. Pero guardense de implicarse ó entrometerse en negocio alguno de la tierra, que se ponen á mucho peligro de perder esta gracia.

§ VI.

Hay otra manera de recogimiento, en que el ánima está dentro de su cuerpo como en una caja muy cerrada, y allí se goza consigo misma, con algún calor espiritual que siente, desasida de los cinco sentidos, como si no los tuviese; y no entiende cosa que decirse pueda, sino, como niño pequeño, se goza dentro del pecho, y querría no distraerse de allí, ni tener ojos, ni oídos, ni puerta por do saliese.

DISCURSO. En estos recogimientos, ¿está del todo privado el hombre del entendimiento?

MAESTRO. Hijo, no; porque siempre queda una centella pequeña, que basta para que conozca el alma que tiene algo, y que es de Dios; está callado y sosegado en el entendi-

miento, acechando (como acá decimos) lo que pasa como quien no hace nada; y aun parece que el alma no querría que hubiese ni aun aquello, sino morir en el Señor toda y perderse allí por Él. Algunas veces acontece que totalmente cesa el entendimiento, como si el alma no fuese intelectual; mas luego se torna á descubrir la centella viva de la simple inteligencia, ó conocimiento sencillo; y en aquel dejar de entender es donde el alma recibe mayor gracia; y cuando revive y se halla con ella, se admira y no sabe por dónde ni cómo la hubo; y, codiciosa de más, querría volver á mortificarse, ninguna cosa entendiendo; y como quien se zambulle en el agua y sale de nuevo con lo que deseaba en las manos, así ella se encierra dentro de sí y se zambulle en Dios, de donde suele salir llena de espirituales riquezas. Aquí se olvidan las horas como si fueran momentos, sin sentir pesadumbre ni cansancio alguno. Mas mira por tí, hermano Deseoso, si á este estado te llegares, que muchas veces sin saber cómo se te resbalará y huirá del corazón lo que parece que está bullendo en él, y será necesario que de nuevo comiences á recogerte íntimamente. Gran cosa es gozar en secreto, y como á oscuras, de Dios; que, como sabemos, es amador de soledad y hace su morada en tinieblas.

DISCÍPULO. Cuando el alma así recogida comienza á sentir la comunicación del Señor, puede hablar algunas palabras amorosas y de regalo para encenderse más en la devoción y amor divino?

§ VII.

MAESTRO. Páreceme que no; antes debe poner toda su atención en recogerse y hacerse más entera; porque el apretar el corazón es un estrecho abrazar á Dios, que con sola la afición se tiene y aprieta mejor; y muchas veces quiere que le dejemos obrar solo, y que del todo guardemos silencio. Otras veces te hallarás tan tibio, que será menester buscar todos los favores de fuera y de dentro para encender la devoción, y no podrás; mas cuando con sólo cesar la sintieres, bueno es no usar de otros medios, porque entonces obra Dios, y el humilde deseo recibiendo hace más de lo que parece, porque se une más íntimamente con Dios, su Salvador. El doctísimo y extático varón Hugo, *De Arra animæ*, introduce su alma, como hablando en soliloquio, de esta manera: ¿Qué es aquello que algunas veces me suele tocar, y con tanta vehemencia y suavidad me agrada, que ya en alguna manera comienzo á enajenarme de

mí misma y no sé á dónde soy llevada? Alégrase mi conciencia, olvídomme de mis males, recibe luz mi corazón, hártanse mis deseos y véome en otra parte, sin saber á dónde; aprieto con unos brazos de amor acá adentro, y no sé qué es aquello que aprieto, y trabajo con todas mis fuerzas para retenerlo y nunca perderlo; lucha y pelea mi ánimo porque no se vaya lo que siempre querría tener conmigo. ¿Por ventura es aquél mi Amado? Ruégote que me lo digas, para que lo sepa; porque cuando de nuevo viniere, le suplique no se me vaya para siempre. Verdaderamente, ánima mía, que ese es tu Amado, el cual te visita y viene á tí de secreto é invisible, para invisible y secretamente tocarte. Hasta aquí Hugo, y por cierto da muy bien á entender, en pocas razones, lo que en su recogimiento pasa el alma con su Esposo, aunque tan á la sordina y casi sin sentirse visitada de Él. San Bernardo, en el Sermón LXXIV de las visitas del Verbo, sobre aquella frase de los Cantares, *Revertere, dilecti mi*, dice cosas tan admirables, poniéndose á sí mismo (aunque con mucha humildad y encogimiento) por ejemplo, que si no fuera por no extenderme en esta plática, las tradujera y trasladara aquí á la letra. Pero ruégote cuan encarecidamente puedo, que leas todo aquel Sermón, para

que sepas cómo, sin ser sentido, entra Dios en el alma recogida, y sin saberlo ella se ausenta.

DISCÍPULO. Pues si no se le siente entrar ni salir al divino Esposo, ¿cómo conoce el alma que está en ella y que se ausenta de ella?

MAESTRO. Del movimiento del corazón, dice Bernardo, que se toma ese conocimiento; huyen los vicios con su presencia; renuévase el hombre interior y florece en virtudes; crecen los deseos de servir y agradar á Dios; destiérrese la ignorancia, y bulle en el alma como una cosa viva, que lo reanima todo; y todo se vuelve á marchitar y caer luego que el Esposo se ausenta de ella. Si pones fuego á un puchero de agua fría, ¿no hierve y bulle con el calor? Y si se lo quitas, ¿no se vuelve á su antigua y natural frialdad? Así es que, entrando Dios en el alma, hay calor y vida; y en faltando, frío, amargura y muerte.

DISCÍPULO. Maravillosa es la comparación, y muy bien se comprende por ella mi dificultad.

MAESTRO. Hartas tiene este ejercicio del recogimiento, y por eso es tan alabado de los Santos y encomendada la perseverancia en él.

§ VIII.

Gerson dice, que aquí se han de emplear todas las fuerzas del alma, y que no se ha de volver atrás aunque nos parezca que no sacamos fruto. «Asiéntate, dice, solitario, y levántate sobre tí, si puedes; y si por largo tiempo, esforzándote mucho, no lo pudieres hacer, no quieras por eso huir del alivio y solaz de la lección ó de la conversacion de los amigos aunque buena; y si en el silencio recibieres enojo y pesadumbre, y fueres hecho grave á tí mismo, y piensas por esto que sin provecho reposas, espera, y venza ese enojo la tardanza porfiada; porque en ninguna manera se burlará Dios de tí, ni tendrá en poco tu trabajo, ni se olvidará de hacer contigo misericordia, si en Él pusieres tu confianza, y, perseverando, buscarés, llamarés y pidieres». Hasta aquí Gerson. San Gregorio Nacienceno confiesa de sí, que la razón por que rehusaba ser Obispo era, porque los cuidados de la prelación le habían de sacar de su recogimiento y trato de á solas con Dios. San Dionisio, en su *Teología mística*, enseña á Timoteo y le persuade, que con gran fuerza luche por dejar los sentidos y las intelectuales operaciones, y todas las cosas sensibles é inteligibles, y las

que permanecen y no permanecen; y como le fuere posible, desconocidamente, se levante á la unión de Aquel que es sobre toda sustancia y conocimiento; pues no es otra cosa, según San Buenaventura, sino ser movido inmediatamente por ardor de amor, sin algún espejo de criatura; sin pensamiento que vaya delante, ni inteligencia que acompañe. San Bernardo dice, que la perfecta oración está en el recogimiento; y llámale él muerte preciosa y de que desea morir, para que mueran en él todas las criaturas y sus formas, é imágenes, de manera que, con pureza y sencillez, pueda contemplar dentro de sí al Criador.

§ IX.

El Profeta parece que hizo mención de este recogimiento en un Salmo: *Ecce (inquit) elongavit fugiens et mansi in solitudine*; alejéme huyendo, y quedé en soledad. Nadie puede aquietarse, si no huye muy lejos; lejos, digo, de los deleites de la carne y de todas las cosas corporales y sus fantasías y representaciones; que éstas impiden la holganza y la quietud y el secreto del recogimiento, según que en otras muchas partes dejamos probado. Y echaré el sello con referir aquí lo que sobre el particular dice San Gregorio, Papa:

«De ninguna manera puede recogerse el alma en sí misma; si primero no aprende á desterrar de los ojos interiores las fantasías de las terrenas imaginaciones; y cualquiera otra cosa que le ocurriere al pensamiento, perteneciente á alguno de los sentidos corporales».

DISCÍPULO. Son suficientes los testimonios de tantos y tan graves autores, para que yo me persuada de que en ese ejercicio está mi salvación y para que sobre todos los demas le codicie y procure.

MAESTRO. Gran cosa es para un alma, que fácilmente se extasia, entender que Dios tiene su reino en ella, sus delicias y su gloria, y que para hablar con Él no há menester ir al cielo, ni ausentarse de sí misma, ni darle voces; porque por quedo que le hable, está tan cerca, que la oirá; ni le son necesarias alas para buscarle volando, sino ponerse en soledad y contemplarle dentro de sí. Ni se debe extrañar de tan buen huésped, sino hablarle como á padre, con humildad profunda, contarle sus trabajos y pedirle remedio para ellos, pues Él es Todopoderoso y misericordioso. Algunas personas piensan que es humildad encogerse y no pedir; y si les dan, recibir con mano escasa, y, ciertamente, no es sino simplicidad y bobería. No cures, hijo, de estas humildades, sino cuando sintieres á Dios den-

tro de ti y que te da sus ojos de misericordia; trata con Él como con tu Padre, como con tu Señor, Hermano y Esposo; á veces de una manera, á veces de otra. Y créeme, que Él te enseñará lo que has de hacer para contentarle.

§ X.

San Agustín confiesa que vivió mucho tiempo engañado, buscando por las criaturas lo que tenía dentro de sí. Mucho importa entender y creer esta verdad: «Que está Dios dentro de nosotros»; y tanto más nos importa el estarnos allí con Él. Y aun para rezar oralmente, es provechosísima esta consideración, porque se recoge luego el alma dentro de sí misma; y allí recogida, discurre por todas aquellas cosas que suelen encender en ella la devoción, sin cansarse, caminando al Calvario, ó al sepulcro, ó al cielo. Por esto se llama esta oración de recogimiento, porque se recoge así más fácilmente el alma, y es más en breve enseñada de Dios, y goza muy presto de quietud. Quien de esta manera se puede encerrar en el cielo pequeño de su corazón, á donde mora el que crió los cielos y la tierra, y se acostumbra á no mirar ni estar en donde los sentidos exteriores puedan distraerse, crea

que lleva muy buen camino y que con mucha brevedad llegará á beber de aquella fuente de vida, que apaga en nosotros la sed de cuantas cosas hay fuera de Dios; porque es un caminar este muy aventajado; es como navegación por la mar y con viento en popa. El recogimiento es para el alma como un castillo fuerte, á donde se encierra para no temer á sus contrarios, y á donde recoge sus sentidos todos y los aparta de las cosas exteriores; á las cuales así da de mano, que sin advertir en ello, se le cierran los ojos corporales para no verlas, á fin de que los del alma reciban mayor claridad para ver á Dios.

DISCÍPULO. ¿Es de esencia del recogimiento cerrar en la oración los ojos del cuerpo?

MAESTRO. A los principios es muy bueno para muchas cosas; después ellos mismos se cierran para no ver; y si se abren, es con dificultad. Parece que con esta clausura se fortalece el alma, y se esfuerza á costa del cuerpo, y que le deja solo y enflaquecido, y se prepara contra él. Y si esto te pareciere que es cosa de poca sustancia, ruégote que á mi cuenta te ejercites en ello, y en breve recogerás frutos abundantísimos y te encontrarás rico de devoción y gustos del cielo. De muchas ocasiones te libras cuando te escondes dentro de tí, cerrados los ojos, y aun se te pe-